



Fig. n.º 37.- Andrés Luque Gago: *Recuerdos de un torero*, Sevilla, La Isla de Siltoá, Col. Levante, 2011, 172 págs.

Dentro del frondosísimo árbol del ensayo taurino, una rama de indudable interés histórico y atractivo es la de los libros de memorias y recuerdos de toreros: Vicente Pastor, Pepe Dominguín, Rafael Ortega, *Gallito*, Conchita Cintrón... A este apartado se ha sumado el libro que recoge las experiencias taurinas y personales de Andrés Luque Gago.

Este sevillano de la calle Feria, nacido en 1932, bautizado en la misma pila que alguno de los *Gallos*, Juan Belmonte y

Antonio Bienvenida, ha estado en los ruedos cuatro décadas, desde fines de los años cuarenta hasta su retirada, en 1986. Sobrino de Andrés y Fernando Gago, fue, primero, novillero junto a Aparicio, Litri, Antonio Ordóñez o Jaime Ostos; después, banderillero destacadísimo, auténtica figura de los hombres de plata, con grandes maestros: César Girón, Luis Miguel Dominguín, Manolo Vázquez, Antonio Bienvenida, *Antoñete*, Antonio Ordóñez, *Paquirri*, Rafael de Paula... Una vez retirado, representó a este último y a otros diestros, como hombre de confianza. Y, siempre, hasta hoy mismo, continúa vinculado al mundo del toro, en coloquios, jurados y múltiples actividades. Es hombre educado, cordial, sevillanísimo, de una simpatía arrolladora y una evidente pasión por la Fiesta.

Mi primer recuerdo de él lo sitúa, junto a su hermano Antonio (más alto que él), Domingo Peinado y el picador Epifanio *El Mozo*, como integrantes de la cuadrilla de Luis Miguel, en la época dorada de su rivalidad con Ordoñez, novelada por Hemingway en *El verano peligroso*. Los Luque Gago eran, entonces, garantía de profesionalidad y buen hacer. (En este libro menciona a mi padre, junto a Cossío y Cañabate, como grandes amigos de Luis Miguel).

Con los años, Andrés se consagró como figura de los toreros de plata. Pude disfrutar de su arte muchas tardes y asistí con emoción a su despedida en Sevilla, un caso único:

«Por primera vez en la historia del toreo, se paró la lidia en el quinto toro para un corte de coleta... »

Luego, he tenido la suerte de contarme entre sus amigos y compartir con mi ilustre tocayo bastantes coloquios y charlas. Además –y no es lo menos importante– Andrés Luque Gago es una gran persona, unido siempre a Loli, su mujer, y orgulloso de sus hijos...

Muchas veces había comentado con él la conveniencia de que recogiera sus recuerdos taurinos. Lo ha hecho, ahora, con el

tino que le caracteriza, contando con la ayuda de su hijo, el profesor Andrés Luque Teruel, para darles la forma adecuada. El resultado es un libro interesantísimo, que se lee con facilidad y contiene juicios taurinos muy notables.

En un libro autobiográfico escrito con casi ochenta años, no pueden faltar momentos de emoción humana: «No hace tanto era yo sólo un niño... » Una reflexión asombrada, quevedesca, con la que todos nos podemos identificar.

Junto a eso, incluye sabrosos detalles de historia costumbrista sevillana: las tertulias, las ventas, los bailes populares, los entrenamientos de los toreros en el frontón... Y datos concretos que ejemplifican los cambios sociales: un viaje a Caracas que dura 16 horas...

Muy notable me parece la historia de dos hermanos, Paco, gallista radical, y Juanillo, belmontista a muerte. Ya ancianos, en su viejo negocio, «aún discutían sobre estos dos toreros como si fuesen a torear al día siguiente. Transmitían auténtica pasión por los toros». Esa pasión, añado yo, que tanto echamos de menos hoy en día...

La carrera de Luque Gago le proporciona un observatorio único sobre la Fiesta. Por eso, reivindica a algunas figuras, hoy demasiado olvidadas: sus tíos Fernando y Andrés Gago (el apoderado de Carlos Arruza y padre de Remedín, la viuda de mi inolvidable amigo Manolo Vázquez); César Girón, el poderoso diestro venezolano; *Miguelín*, al que ve como antecedente de *Paquirri* y *El Fandi*, en su conciencia de la necesidad de dar espectáculo; *Pedrés*, que, más allá del tremendismo inicial, llegó a poseer «técnica depurada y sentido del temple»... A los que se guían por tópicos, sin haberlos visto torear, les sorprenderán algunos de estos juicios.

El testimonio de Andrés Luque resulta especialmente valioso cuando nos da su visión, de primera mano, sobre algunos mitos. Luis Miguel era «distinto a cualquier otro torero». En contra, otra vez, de los tópicos, proclama «su afición desmedida,

e intentaba disimularla, aparentar que no le importaba, que estaba por encima de todas las cosas». Y un dato sorprendente: aunque no fuera un hombre religioso, «muchas veces, cuando entraba en su habitación, lo encontraba en silencio delante de un crucifijo, rezando».

Sitúa a Antonio Ordóñez —en contra de lo habitual— en la escuela sevillana, más que en la rondeña. Señala aspectos innovadores de su técnica: «Medía las distancias y presentaba la muleta por detrás de la cadera, con lo que reducía el recorrido del toro». Contradice rotundamente a los que opinan que la rivalidad de los dos cuñados fue fingida, una artimaña comercial: «La rivalidad que mantenía con Luis Miguel se intuía aun cuando éste no estaba en activo».

Elogia enormemente la naturalidad de Antonio Bienvenida, toreando en el campo: «Con un simple movimiento sobre los pies, llamaba la atención de las vacas y, andando, con el capote cerrado, era capaz de corregirles la posición sin provocar su arrancada. Su naturalidad no era una cuestión formal, sino la consecuencia de un dominio pleno de los terrenos, las distancias y las características de los toros».

El libro está lleno de sabrosas anécdotas. Revela, por ejemplo, el antecedente de la película “Yo he visto la muerte”, de José María Forqué: en una caseta de feria, en La Línea, Luis Miguel contempló la tragedia de Linares reproducida en figuras de cera. Participó Andrés en las corridas de Belgrado (que presidió mi padre). Cuenta que, para entrenarse, *Paquirri* perseguía las liebres a pie. Recuerda el comentario de Rafael de Paula cuando un toro ofensivo que le había tocado chocó contra el burladero:

«¿Cómo crees que está el toro? — Como tiene que estar, muerto». Y revela el gesto de Antonio Bienvenida con el crítico Alfonso Navalón, que lo había atacado:

«Se anunció en Las Ventas con una corrida de Victorino Martín, le cortó las dos orejas a un toro y, cuando pasó delante de él, en

la vuelta al ruedo, se las dejó en la barrera. Así hablan las figuras del toreo».

Varias anécdotas insisten en los valores morales de la Tauromaquia. Así, la máxima que repetía Domingo Dominguín padre: «Respetar para que te respeten». La respuesta de Luis Miguel, en vísperas de una corrida, cuando le preguntaban cómo estaba: «Preparado para morir». El gesto de *Paquirri*, en Valencia, cuando se queda al lado de Andrés, herido, en vez de salir de viaje para Santander, donde torea al día siguiente...

De lo que escuchó a estos maestros y de su amplia experiencia deduce Luque Gago una teoría clara, rotunda: primero, hay que poder al toro; luego, torear con lucimiento. «Todos los toros tienen su lidia, aunque no todos tienen una faena bonita». (La misma frase de Corrochano). La lidia ha de acercarse a una ciencia: «debe resolverse con tranquilidad, buenas formas y belleza». Este concepto de la Tauromaquia lo encarnó como nadie Joselito:

«Los dos, El Gallo y Belmonte, hablaban con auténtica devoción de Gallito... Ambos mantenían que había sido el mejor torero de todos los tiempos, y no sólo destacaban su poder, hablaban con el mismo o mayor entusiasmo de su naturalidad y de su arte».

Dentro de eso, el banderillero tiene su papel propio. Ante todo, debe parar y enseñar el toro al matador, por los dos pitones. Eso tenía especial importancia en el caso de «un genio libre de reglas» como Rafael de Paula: «Los toros buenos, para que aprovechase sus cualidades; los malos, para que tuviese cuidado».

Es fundamental la coordinación con el matador y que el banderillero limite su actuación a lo imprescindible. Lo explica con una anécdota que él vivió junto a Luis Miguel:

«Nos entendíamos con leves señas. En Valencia, estábamos en extremos opuestos de la plaza, me hizo una indicación, me pidió

que, con un capotazo, llevase al toro al lado opuesto. Lo metí en el capote y venía tan toreado que le di dos. Al público le encantó. En la cena, se sentó a mi lado y me dijo: “¡Qué bien has estado con el capote... para el público!” Era un modo irónico y sutil de decirme que no lo había hecho como me había pedido. Si decía uno, tenía que ser uno».

Se enriquece el libro con un álbum de fotos, bien elegidas. Algunas muestran lo que ha supuesto en el toreo Luque Gago: los quites al picador Atienza, a Ordóñez, a Ruiz Miguel, por estar en el sitio justo; los capotazos, alargando la embestida; la forma de correr al toro a una mano... Subrayo especialmente una fotografía de Madrid, en 1970: Andrés, semiagachado, da un capotazo para dejar al toro clavado, en el sitio justo que el diestro quería. Es una lección verdaderamente magistral, que muy pocas veces –si alguna– podemos ver hoy en los ruedos. En honor de Andrés Luque Gago, recuerdo yo el “Himno a los subalternos” de Gerardo Diego:

«Quiero cantar la cuadrilla ordenada,
la lanzadera, el tapiz de la lidia (...)
Que mi verso más clásico (...)
corona os ciña solemne».

Sirvan mis palabras de modesta corona para Andrés Luque Gago, un hombre bueno y un buen torero: ¡nada más que eso!

El círculo se cierra, las palabras iniciales del libro me dan la mejor conclusión para este comentario:

«Sigo siendo torero y siempre lo seré. Mi vida fue y es la de un torero, que ya no se pone delante de los toros, pero piensa como si en cualquier momento pudiera hacerlo».

¡Que siga siendo así por muchos años, querido tocayo, admirado Andrés Luque Gago!

Andrés Amorós
Fundación de Estudios Taurinos